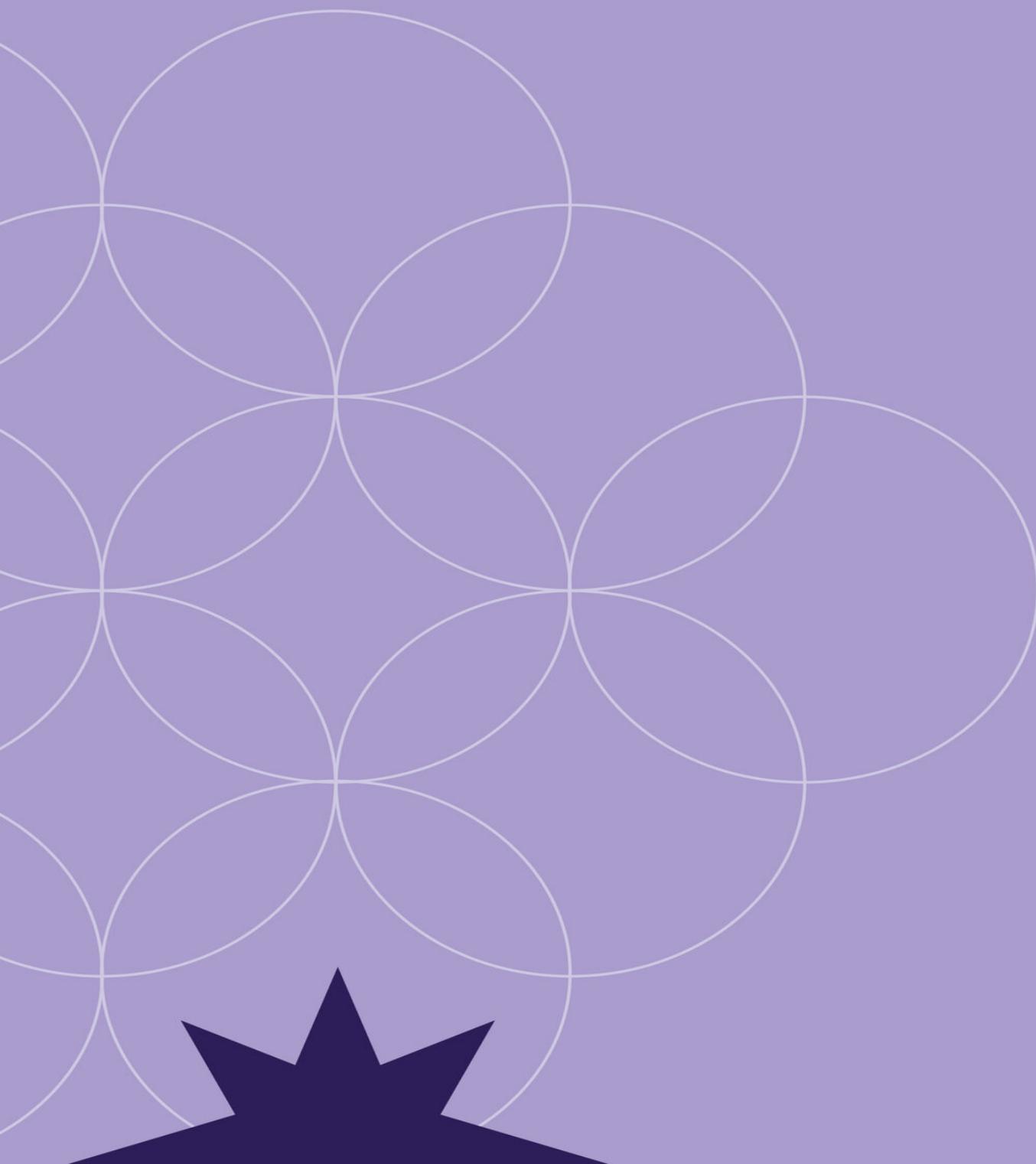


Sexo y traición en Roberto Arlt

OSCAR MASOTTA

Prólogo de Luis Gusmán





Oscar Masotta

SEXO Y TRAICIÓN EN ROBERTO ARLT

En este libro, Masotta releva el pensamiento crítico de los textos escritos sobre Arlt. Lo hace con nombre y apellido. Los nombres de sus amigos (es el caso de David Viñas) y de sus “enemigos”.

LUIS GUSMÁN, del prólogo del libro

La publicación de estos ensayos en los años sesenta significó la irrupción de Masotta en el ámbito de la crítica literaria. Desde una perspectiva sartreana y atravesado por el materialismo histórico y el psicoanálisis, analiza en ellos la obra de Arlt en busca de los mecanismos que articulan las relaciones sociales y la sexualidad.

Con su estilo polémico, Masotta rompe con las lecturas que se habían hecho hasta ese momento sobre Arlt y propone una obra política, según sus propias palabras, “menos por lo que dice expresamente que por lo que revela”.

Sexo y traición en Roberto Arlt no solo es una crítica perspicaz y oportuna, expresa además el compromiso de su autor con el acto de escribir, acto que, como dice Gusmán, en aquellos tiempos tenía un valor en sí mismo. Estos textos, lejos de la diatriba, demuestran que Masotta efectivamente tenía algo que decir.

Sexo y traición en Roberto Arlt

OSCAR MASOTTA

Prólogo de Luis Guzmán



ETERNA CADENCIA EDITORA

Índice

Cubierta

Sobre este libro

Portada

Dedicatoria

Epígrafe

Prólogo. En tiempos de Masotta

 La escena congelada

 La sociedad invertida

 El aprendizaje del mal

Sexo y traición en Roberto Arlt

I. Silencio y comunidad

II. La plancha de metal

Apéndice

 Seis intentos frustrados de escribir sobre Arlt

 Primer intento

 Segundo intento

 Tercer intento

 Cuarto intento

 Quinto intento

 Sexto intento

Sobre el autor

Página de legales

Créditos

Otros títulos de esta colección

A Renée Cuellar

La subjetividad aparece entonces, en
toda su abstracción, como la
condenación que nos obliga a realizar
libremente y por nosotros mismos la
sentencia que una sociedad “en curso”
ha dictado sobre nosotros y que nos
define a priori en nuestro ser. Es a este
nivel que encontraremos lo *práctico-
inerte*.

JEAN-PAUL SARTRE, *Crítica de la razón
dialéctica*

PRÓLOGO

En tiempos de Masotta

En tiempos de Arlt es una expresión que Oscar Masotta utiliza varias veces en estos ensayos. En este caso, creo que es pertinente afirmar que tanto el uso del nombre propio como la indicación temporal se apoyan en otro texto suyo: *Roberto Arlt, yo mismo*; texto que a su vez es necesario leer como articulado a *Sexo y traición en Roberto Arlt*. A esto se agrega que este libro no solo tiene la impronta de los años sesenta sino que también marca esa época, y para poder mostrar cómo lo hace, es necesario situarlo en el contexto crítico de su publicación.

En tiempos de Masotta, entonces, surgen esos pequeños ensayos que comienzan a introducir en el campo de la literatura argentina otra lectura. Pero en tiempos de Masotta “escribir un libro, un ensayo o un simple artículo significaba tener que hacerlo en los términos de un acto de trascendencia política” (p. 29). ¿Cambiaría mucho la cuestión si en estos tiempos, o en tiempos inmediatamente posteriores a la aparición de *Sexo y traición...*, el ensayista de turno hubiera agregado: “política del texto” o “política de la lengua”? En principio debería decir que no. Pero no

estoy tan seguro, y aunque la palabra *trascendencia* resulte demasiado pesada debería decir que en aquellos tiempos el compromiso con el acto de escribir tenía un valor en sí mismo que excedía el método que cada autor utilizaba.

Para sostener esta última afirmación voy a citar un ejemplo, una manera simple que Masotta tenía de dirigirse a un interlocutor, más allá de su gesto retórico. El ejemplo lo tomo de un fragmento de uno de sus “Seis intentos frustrados de escribir sobre Arlt”, cuando vacila, tropieza en cómo escribir sobre Arlt. En esa ocasión, dice:

Pienso entonces en telefonar a la redacción de *Hoy en la cultura* [...] Pediré hablar con el secretario de redacción y le diré que me disculpe, que no he de escribir la nota, y que si yo me pusiera a escribir exactamente lo que pienso sobre Arlt, *Hoy en la cultura* no me publicaría. (p. 116)

En los tiempos de Masotta, *Hoy en la cultura* era una revista de cierta importancia en el medio cultural argentino. Pero más allá del gesto ampuloso, ¿no suena hoy un poco anacrónico pedir disculpas (digo pedir disculpas, no digo prosternarse como posición habitual del escritor de hoy ante un secretario de redacción de un medio masivo, prosternación que puede sostenerse aun en el gesto más escandaloso) al secretario de redacción de una revista de esa circulación? Es que eran otros los tiempos de Masotta y eso se puede percibir en la lectura de su libro. Un intelectual tenía otro compromiso. Insisto, más allá del método crítico que practicara para sostener ese compromiso.

Masotta tenía un estilo polémico cuya principal virtud consistía en que la polémica no quedaba reducida al chisme o al mero juego de acumulación de prestigios encadenados produciendo un efecto dominó donde al final de la cuenta se pierde la causa misma que originó la polémica. Por supuesto, no se trata de que no haya discusión sino de que la mera suma de opiniones tiene el efecto de neutralizar la causa de la polémica.

Como lector, extraño este u otros libros escritos en los tiempos de Masotta, donde primaba el interlocutor; aquí podemos decir también el *discutidor*.

En Masotta es notable no solo cómo se dirigía a un interlocutor sino hasta cómo “inventaba” un oponente para construir su audiencia y desplegar su argumentación. *Sexo y traición...* sigue este movimiento dialéctico. El libro se inaugura con la palabra “*algunos*”, es decir, aquellos a quienes el texto se dirige: “Algunos se muestran demasiado tímidos cuando se trata de levantar reproches contra Arlt”. Después la argumentación se desplaza a un “*otros*”:

Otros, más preocupados por el compromiso político del escritor y que saben que el juicio contra el filisteísmo literario hace mucho tiempo que ha sido fallado, están seguros de que se puede amarlo a pesar de lo que Arlt tenía en la cabeza. (p. 25)

A continuación, en el orden de la exposición, Masotta – lector de Gerault, era muy respetuoso de la relación entre el orden de los conceptos y el orden de las razones– elige como interlocutor a “los bondadosos espíritus de

izquierda”, a quienes les sería duro aceptar las contradicciones en Arlt. Apenas unas pocas líneas más adelante, los espíritus toman cuerpo y hay un pasaje de estos dos plurales (“algunos” y “otros”) a un singular que se ejemplifica en “un crítico de izquierda”. Pero nuevamente la argumentación se desplaza y en sus tropismos el crítico de izquierda es reemplazado por “el hombre de izquierda”. Con lo cual, la polémica instala como objeto de discusión la lucha de clases; y a la vez, releva la posición ideológica que con respecto al tema toman los distintos interlocutores según pertenezcan a determinada clase social. Entonces, lo que se discute ya no es una cuestión que queda reducida a Roberto Arlt, al escritor o al campo de la cultura, sino que Masotta incrusta como discusión la explotación del hombre como problema en el seno de la sociedad.

En principio, defiende la obra de Arlt del crítico de izquierda:

Pero los propósitos sociales de Arlt que, al menos en sus novelas, carecían de nociones políticas valederas, testimonian el nacimiento de varios equívocos: la fusión de lo social y lo económico, el equívoco de lo político y lo económico, el equívoco entre partido de masa y partido de clase, esto es, el surgimiento del radicalismo, la confusión entre masa y partido. (p. 28)

Pero la argumentación progresa por una dialéctica tal que a lo afirmado en un primer tiempo, en un segundo tiempo se le opone un argumento contrario que pone en cuestión al primero. El resto de esta operación puede ser leído como una conclusión provisoria, quiero decir, como un

intento que implica una ruptura con las lecturas que hasta ese momento se habían hecho de Roberto Arlt: “Esta obra será entonces política menos por lo que dice expresamente que por lo que revela”. Esta dialéctica de la argumentación en Masotta se rige por estos dos tiempos que van siempre juntos y donde el segundo resignifica retroactivamente al primero.

El primer tiempo al que acabo de hacer referencia se podría situar en esta frase de Masotta: “El reproche de nuestras conciencias ortodoxas y superpolitizadas a la necesidad de absoluto de los personajes de Arlt podría sintetizarse así: esteticismo, anarquismo, mala fe” (p. 32). Mientras que el segundo tiempo es introducido por una pregunta que subvierte el orden de la argumentación utilizando como referencia nada menos que el nombre de Marx:

Pero ¿quién sabe? Marx decía que, para él, los hombres no son más que el “producto” de las condiciones económicas bajo las que viven, pero agrega que bien entendido, el hombre sobrepasa “en mucho” esas condiciones. (p. 32)

Es Masotta quien agrega a Marx para subvertir el orden de la argumentación utilizando no solamente sus propios autores y referentes, sino también una referencia que resulta incuestionable para los interlocutores con los que él ha elegido discutir.

En este libro Masotta releva el pensamiento crítico de los textos escritos sobre Arlt. Lo hace con nombre y apellido. Los nombres de sus amigos (es el caso de David Viñas) y de sus “enemigos”. Es lo que sucede en su “Tercer intento” de escribir sobre Arlt y el tópico de la metafísica arltiana: “Metafísica a la que no aparecían ajenos David Viñas y los escritores de *Contorno*. Pero estos ya hace bastante tiempo que han descubierto (hemos comprendido) la *realidad*, esto es, la lucha de clases...” (pp. 118-119). Así, también aparecen Raúl Larra, Nira Etchenique o Juan José Sebreli.

Masotta le disputa Arlt a la crítica de derecha. Se lo disputa con palabras ante las cuales su escritura no retrocede. Palabras como “*victoria*”, “*derrota*” o “*bandera*”. En su topografía crítica sobre Arlt ya había mostrado cómo algunos rechazaban a Arlt porque ciertos “espíritus bondadosos de izquierda” no aceptaban sus contradicciones y la idea de bandera no cuaja con la de manchas; el hecho de que levantaran la figura de un Arlt impecable era solo una manera de ignorarlo. Pero si el libro comenzaba con una lectura crítica de la izquierda, su argumentación deja para el final no su crítica sino su diatriba contra la derecha, y en su “Segundo intento” escribe: “La derecha intelectual ignora en cambio a Arlt, y esto textualmente para el caso de Borges, o Victoria Ocampo, o Silvina Bullrich, de quienes se podría afirmar que jamás han sujetado un libro de Arlt entre los dedos” (p. 117). Pero en su “Tercer intento” -y aquí es interesante

cómo cada nuevo *intento* va reescribiendo al otro-, pasa de la diatriba y retoma la argumentación:

No es cierto que la derecha haya ignorado a Arlt: Murena, Solero, Ghiano han escrito sobre él. Lo que se descubre entonces en Arlt es el país... Un espíritu profundo, un logos demoníaco, frustrado y trágico, impregnado de colores y de las luces de la ciudad, más o menos americano, bastante telúrico. (p. 118)

Es decir, lo que el mismo Borges criticaba: el color local; a lo que se agrega la pertenencia a una determinada clase social que sostiene una interpretación inefable (sagrada) de la metafísica donde el logos es encarnado por la figura de un ángel del mal pero ángel al fin; lo que Ramón Alcalde va a llamar el misticismo telúrico de Murena.

En tiempos de Masotta, su lectura singular de Arlt está dispuesta en tres registros que se conectan entre sí. El primero, su pasaje de la novela al teatro; el segundo, la sociedad invertida; el tercero, un aprendizaje del mal.

LA ESCENA CONGELADA

El hombre de Arlt permanece congelado en su clase producto de la sobredeterminación que implica esa misma pertenencia. No hay que esperar a Sartre ni a Genet, basta leer a Proust para encontrarse con que el cambio de clase es algo mal visto. Esa es la condena que padece Swann.

Para Masotta la novelística de Arlt se rige por una temporalidad detenida en tanto se trata de una dialéctica